

un — lugar
llamado — hogar



lugar / hogar

2020



un lugar llamado
HOGAR



DEVOCIONALES — SEMANA 1



**SEMANA
UNO**

**CASA
VS
HOGAR**



DÍA 1: Más Que Una Casa

Octubre 5, 2026

Salmo 127:1 NTV

Si el Señor no construye la casa, el trabajo de los constructores es una pérdida de tiempo. Si el Señor no protege la ciudad, protegerla con guardias no sirve para nada.

Hay casas que uno nunca olvida. Quizá no eran grandes. Tal vez los muebles no combinaban, alguna puerta tenía que levantarse un poco para poder cerrarla, la mesa tenía marcas y el sillón mostraba el desgaste de los años. Pero había algo allí que no se podía comprar en una tienda. Se sentía como hogar. Para mí, una de esas casas es la casa donde crecí. Cuando pienso en ella, inevitablemente pienso en mis padres, en mis hermanos y en tantos momentos que vivimos juntos como familia.

Recuerdo las conversaciones alrededor de la mesa.

Las voces conocidas.

El olor de la comida.

Las risas.

Las historias contadas una y otra vez.

Los momentos sencillos que entonces parecían comunes, pero que con los años se volvieron extraordinarios.

Mis padres construyeron algo allí que hoy valoro mucho más de lo que podía valorar cuando era niño. Construyeron un verdadero hogar.

No porque todo fuera perfecto. Seguro hubo días difíciles, preocupaciones, desacuerdos y momentos en los que las cosas no salieron como esperábamos. Éramos una familia normal. Pero aquella era la casa a la que todos queríamos regresar.



Y ahora; entiendo que no era solamente por la casa. Era por lo que mis padres habían sembrado dentro de ella. Habían construido un lugar al que todos sabíamos que pertenecíamos. Un lugar en donde estaban las personas con las que siempre podíamos contar, y esa seguridad difícil de explicar, pero fácil de sentir: lo llamábamos hogar.

Con los años, cada uno salió, creció, tomó su camino, formó su propia familia y comenzó a escribir su propia historia. Pero seguía existiendo un lugar al cual regresar.

Y creo que esa es una de las cosas más hermosas que una familia puede construir: un lugar del que nuestros hijos puedan salir para enfrentar la vida, pero al cual siempre sepan que pueden regresar.

Ahora comprendo algo que cuando era niño no podía entender. Mis padres no solamente estaban pagando una casa, manteniéndola o procurando que no nos faltara lo necesario. Mientras hacían todo eso, estaban construyendo algo mucho más profundo.

Estaban construyendo recuerdos.
Estaban construyendo pertenencia.
Estaban construyendo seguridad.
Estaban construyendo vínculos.
Estaban construyendo hogar.

Tal vez por eso las palabras del Salmo 127:1 NTV tienen hoy para mí un significado especial: “Si el Señor no construye la casa, el trabajo de los constructores es una pérdida de tiempo. ...”

El salmista nos recuerda que podemos trabajar mucho en la construcción y, aun así, olvidar al Constructor. Podemos levantar paredes. Podemos llenar habitaciones.



Podemos procurar que a nuestra familia no le falte nada. Pero hay cosas que el dinero no puede comprar y nuestras manos, por sí solas, no pueden edificar ... hablo de pertenencia, cercanía, paz, hablo de una fe genuina y recuerdos que dejen huellas sanas en el corazón.

Eso se construye. Y necesitamos a Dios para aprender a construirlo.

Quizá cuando piensas en la casa donde creciste, tu historia es diferente a la mía. Tal vez tienes recuerdos hermosos y hoy puedes dar gracias por ellos. Pero quizá hay quienes no. Tal vez hay recuerdos que todavía duelen. Quizá hubo cosas que necesitabas y nunca recibiste. Palabras que esperaste y nunca escuchaste. Una cercanía que deseabas y nunca llegó.

No todos tuvimos la misma casa. Pero todos podemos decidir qué clase de hogar comenzaremos a construir a partir de hoy.

No puedes regresar y cambiar la casa donde creciste. Pero con la ayuda de Dios, tu historia pasada no tiene que convertirse en el plano de tu futuro.

Quizá estás criando hijos ahora.

Quizá tus hijos ya crecieron.

Quizá estás comenzando una familia.

Quizá vives solo.

Quizá estás intentando reconstruir relaciones que con los años se fueron enfriando.

Dondequiera que te encuentres, todavía puedes construir. Puedes comenzar con una conversación. Con una palabra diferente. Con unos minutos de presencia. Con una disculpa. Con una oración. Con una decisión de hacer las cosas de otra manera.



No necesitas una familia perfecta para construir un hogar. Necesitas un corazón dispuesto a decir: Señor, comienza en mí y enséñame a construir contigo.

Algún día las personas que hoy comparten nuestra vida también mirarán hacia atrás. Probablemente no recordarán cuánto costaron los muebles, qué modelo de televisión teníamos o si nuestra casa siempre estuvo perfectamente arreglada. Pero recordarán algo mucho más importante. Recordarán cómo se sentía vivir con nosotros.

Así que mira por un momento a las personas que Dios ha puesto a tu lado. Quizá la casa todavía necesita algunas reparaciones.

Quizá hay muebles que algún día quieres cambiar. Quizá hay proyectos que todavía no has podido terminar. No te preocupes demasiado. Hay una construcción mucho más importante sucediendo ahora mismo. Mientras estás construyendo una casa para tu familia, asegúrate de estar construyendo también un lugar al que su corazón siempre quiera regresar.

PARA RECORDAR

El hogar no se mide por las cosas que tiene dentro, sino por aquello que siembra dentro de nosotros.

PIENSA

Cuando las personas que amas miren hacia atrás, ¿qué quisieras que recuerden de lo que significaba vivir contigo?

APLICA

Hoy no intentes cambiarlo todo. Haz una sola cosa que comunique a alguien de tu familia: Este es tu lugar. Aquí eres amado. Aquí perteneces.

This image shows a single sheet of white paper with horizontal ruling lines. The lines are evenly spaced and run across the width of the page. There are no margins, text, or other markings on the paper.



DÍA 2: Revisa El Fundamento

Octubre 6, 2026

Mateo 7:24–25 NVI

***24** Por tanto, todo el que me oye estas palabras y las pone en práctica es como un hombre prudente que construyó su casa sobre la roca. **25** Cayeron las lluvias, crecieron los ríos, soplaron los vientos y azotaron aquella casa; con todo, la casa no se derrumbó porque estaba cimentada sobre la roca.*

Cuando entramos por primera vez a una casa, casi siempre prestamos atención a lo que podemos ver. La fachada. La distribución. La cocina. Los muebles. Los colores. Los detalles. Podemos caminar por toda la casa admirando cada espacio sin detenernos a pensar en una de las partes más importantes de la construcción. El fundamento.

Quizá porque está escondido. No llama la atención. No aparece en las fotografías. Nadie invita a sus amigos para enseñarles el fundamento de su casa. Pero hay algo interesante: todo lo que podemos ver depende de aquello que no podemos ver.

Jesús utilizó una imagen parecida al final del Sermón del Monte. Habló de dos hombres. Los dos construyeron una casa. Los dos escucharon sus palabras. Y los dos enfrentaron una tormenta.

A simple vista, quizá sus casas no parecían muy diferentes. Hasta que llegó la tormenta. Entonces quedó al descubierto algo que había permanecido escondido desde el principio. Una casa estaba sobre la roca. La otra estaba sobre la arena. La tormenta no creó el fundamento; solamente reveló sobre qué habían estado construyendo.

Algo parecido sucede con nuestras familias.



Hay temporadas en las que todo parece estar bien. Tenemos trabajo. Hay salud. Los hijos están bien. Los planes avanzan. Las cuentas se pueden pagar. La vida parece estable. Y es fácil confundir buenas circunstancias con un buen fundamento.

Hasta que algo cambia.
Una llamada inesperada.
Una enfermedad.
Una dificultad económica.
Una crisis con uno de nuestros hijos.
Un conflicto en el matrimonio.
Una pérdida.
Una puerta que se cierra.

De pronto, el viento comienza a golpear la casa. Y entonces descubrimos qué la estaba sosteniendo. A veces, sin darnos cuenta, construimos nuestra seguridad sobre cosas buenas, pero incapaces de cargar con todo el peso de nuestra vida.

El dinero puede ayudarnos, pero puede desaparecer.

Los logros pueden alegrarnos, pero no pueden sostener nuestra identidad. Los sentimientos son importantes, pero cambian.

Las circunstancias favorables son una bendición, pero nunca tenemos garantía de que permanecerán iguales.

No podemos pedirle a algo que puede cambiar mañana que sostenga aquello que queremos que permanezca toda la vida.

Por eso Jesús dirige nuestra atención a un fundamento diferente. Él dice que la persona sabia “escucha sus palabras y las pone en práctica.” Ahí está la diferencia. No basta con escuchar.



Podemos escuchar la Palabra cada domingo.
Podemos tener Biblias en cada habitación de la casa.
Podemos conocer canciones cristianas.
Podemos saber qué dice Dios.

Pero construir sobre la roca comienza cuando lo que Jesús dice empieza a determinar cómo vivimos él día a día.

Determina cómo hablamos cuando estamos molestos.
Determina cómo respondemos cuando alguien nos hiere.
Determina cómo administramos lo que Dios nos ha dado.
Determina cómo tratamos a nuestra familia.
Determina cómo tomamos decisiones cuando no sabemos qué hacer.
Determina cómo reaccionamos cuando la vida no sale como esperábamos.

La roca no es solamente una verdad que conocemos. Es una verdad sobre la que decidimos vivir cómo familia.
Escucha la Palabra.

Obedécela en lo pequeño.
Ora con tu familia.
Haz de Cristo parte de tus decisiones.
Aprende a confiar en Él antes de necesitar desesperadamente hacerlo.

Porque Jesús nunca prometió que la casa construida sobre la roca no recibiría lluvia. La lluvia cayó. Los ríos crecieron. Los vientos golpearon. Pero la casa permaneció.

Así que si hoy si el viento está golpeando tu casa, no pongas toda tu atención en la tormenta. Echa un vistazo hacia el fundamento. Recuerda quién te sostiene.

Y si hoy el cielo está despejado, sigue construyendo profundo.



Vendrán temporadas que no podrás controlar. Pero puedes decidir hoy sobre qué estás construyendo.

PARA RECORDAR

Las tormentas no deciden lo que permanece; revelan sobre qué hemos construido.

PIENSA

Si mañana cambiaran tus circunstancias, ¿qué quedaría sosteniendo tu hogar?

APLICA

Piensa en una decisión, preocupación o situación que tu familia esté enfrentando actualmente. Antes de preguntarte solamente: ¿Qué quiero? ¿Qué me conviene? ¿Qué siento? Hazte una pregunta diferente: ¿Qué dice Jesús que debe dirigir mi manera de responder a esto? Busca ese principio en la Palabra y da hoy un paso sencillo para obedecerlo.

ORA

Señor, examina el fundamento sobre el que estoy construyendo. Muéstrame dónde he puesto mi seguridad en cosas que pueden cambiar. Enséñame no solamente a escuchar tu Palabra, sino a vivirla. Si estoy atravesando una tormenta, recuérdame que Tú sigues siendo fiel. Y si hoy estoy viviendo días tranquilos, ayúdame a construir profundamente. Que nuestra familia permanezca firme porque hemos aprendido a escucharte, obedecerte y confiar en Ti. Amén.



Octubre 7, 2026

DÍA 3: Los Pequeños Momentos

Deuteronomio 6:7 TLA

y repítelas a tus hijos a todas horas y en todo lugar: cuando estés en tu casa o en el camino, y cuando te levantes o cuando te acuestes.

Muchos de los mejores momentos de nuestra familia sucedieron alrededor de una mesa.

En aquellos años, sentarnos a la mesa era mucho más que compartir alimentos. Ya sea durante el desayuno por la mañana, la comida por la tarde o la cena por la noche. Lo importante no era solamente lo que había sobre la mesa, sino quiénes estábamos alrededor de ella.

Allí hablábamos de lo que había sucedido durante el día. Contábamos nuestros logros. Compartíamos dificultades, reíamos y escuchábamos las historias del día.

A veces hablábamos de cosas importantes y otras veces de cosas que probablemente no tenían ninguna importancia. Pero estábamos juntos.

Y ahora, mirando hacia atrás, me doy cuenta de que mientras estábamos sentados alrededor de aquella mesa, estaba sucediendo algo que ninguno de nosotros alcanzaba a comprender completamente. Estábamos construyendo grandes recuerdos mientras compartíamos pequeños momentos. En aquel momento era simplemente la comida. Hoy entiendo que era mucho más.

Era tiempo.
Era conversación.



Era cercanía.
Era familia.

Y aquellas comidas que parecían tan normales comienzan a ocupar un lugar muy especial en nuestra memoria. Eso es lo hermoso de los pequeños momentos: casi nunca sabemos cuánto van a significar mientras los estamos viviendo.

Quizá por eso me conmueve la manera en que Dios habló a su pueblo en Deuteronomio 6. Después de decirles que sus palabras debían estar primero en sus propios corazones, les pidió que las enseñaran a sus hijos. Pero al observar los momentos que Dios escogió, estoy seguro que esos momentos no fueron elegidos por accidente: “Cuando estés en tu casa. Cuando vayas por el camino. Cuando te acuestes. Cuando te levantes.”

En un sentido literal ... Dios estaba diciendo, en esencia: háganme parte de su vida cotidiana. No esperen solamente los grandes momentos. Háblenme y hablen de mí mientras viven. Porque la fe también se transmite alrededor de una mesa, durante un trayecto, al comenzar el día o en una conversación antes de dormir.

Nuestros hijos aprenden mucho más de lo que imaginamos mientras simplemente viven cerca de nosotros.

Observan cómo reaccionamos cuando algo sale mal.

Escuchan cómo hablamos cuando estamos preocupados. Ven qué hacemos cuando cometemos un error. Descubren a quién acudimos cuando no sabemos qué hacer.

Y poco a poco van descubriendo si Dios es solamente alguien de quien hablamos los domingos o alguien con quien vivimos todos los días.



Quizá hoy sientes que necesitas hacer algo extraordinario por tu familia. Tal vez piensas que necesitas más tiempo, mejores vacaciones, una ocasión especial o una agenda menos complicada.

Pero posiblemente lo que tu familia necesita de ti hoy no sea algo extraordinario.

Quizá solamente necesita que estés presente.
Que escuches la historia completa.
Que permanezcas unos minutos más en la mesa.
Que hagas una pregunta y esperes la respuesta.
Que te rías con ellos.
Que ores con ellos.
Que disfrutes el momento que tienes delante.

No esperes a que la vida se vuelva menos ocupada para comenzar a disfrutar a las personas que Dios ha puesto a tu lado. La vida que algún día extrañaremos es la vida que estamos viviendo ahora.

Mira alrededor.

Quizá ese desayuno apresurado, esa conversación en el automóvil, esa cena sencilla o esa voz que vuelve a llamarte desde otra habitación parezcan cosas pequeñas hoy. Pero no tengas tanta prisa.

Puede ser que estés viviendo uno de los recuerdos que algún día desearás volver a vivir.

PARA RECORDAR

Los momentos más grandes de una familia muchas veces suceden en los días más comunes.



PIENSA

¿Qué momento cotidiano con tu familia estás viviendo hoy que algún día podrías desear volver a vivir?

APLICA

Hoy, si es posible, siéntense juntos alrededor de la mesa. No necesitas preparar nada especial. Solamente haz algo diferente: no tengas prisa por levantarte. Conversa. Pregunta cómo estuvo el día. Escucha una historia completa. Ríanse. Den gracias a Dios.

ORA

Señor, gracias por los momentos sencillos que muchas veces doy por sentado. Abre mis ojos para reconocer el valor de las personas que hoy están a mi lado. Ayúdame a estar presente, a escuchar, a disfrutar y a hacerte parte de nuestra vida cotidiana. No permitas que pierda los pequeños momentos esperando que lleguen los grandes. Amén.



DÍA 4: Comparte La Vida

Octubre 8, 2026

1 Tesalonicenses 2:8 NVI

así nosotros, por el cariño que les tenemos, nos deleitamos en compartir con ustedes no solo el evangelio de Dios, sino también nuestra vida. ¡Tanto llegamos a quererlos!

Hay una pregunta que hacemos casi todos los días. ¿Cómo estás?

La hacemos al llegar a casa. Por teléfono. En un mensaje. Mientras alguien pasa junto a nosotros. Y casi siempre recibimos la misma respuesta: Bien. Entonces seguimos adelante. Pero algunas veces, detrás de ese “bien” hay mucho más.

Hay una preocupación que todavía no se ha contado.

Una decisión que no se sabe cómo tomar.

Una decepción que se está tratando de procesar.

Un sueño que apenas comienza a tomar forma.

Una batalla que nadie más conoce.

Y lo sorprendente es que podemos vivir bajo el mismo techo con alguien y no saberlo. Conocer sus horarios sin conocer sus preocupaciones. Saber dónde están sin saber cómo están. Podemos compartir la mesa, las cuentas, las responsabilidades y hasta muchos años de nuestra vida, y poco a poco dejar de compartir el corazón.

Porque al final; la cercanía física no siempre significa cercanía emocional.

Pablo escribió algo muy hermoso a los creyentes de Tesalónica. Al recordar la relación que había construido con ellos, dijo:



“así nosotros, por el cariño que les tenemos, nos deleitamos en compartir con ustedes no solo el evangelio de Dios, sino también nuestra vida. ...” Pablo está hablando de su relación con una iglesia, no específicamente de la familia. Pero sus palabras revelan algo profundamente humano acerca del amor: cuando realmente amamos a alguien, no solamente le damos cosas; le hacemos espacio en nuestra vida.

Eso también es cierto en casa.
Nuestra familia necesita lo que proveemos.
Necesita nuestro esfuerzo.
Necesita responsabilidad.
Necesita que cumplamos nuestros compromisos.
Pero también necesita de nosotros.
Necesita nuestra atención.
Nuestra escucha.
Nuestra presencia.
Nuestra historia.
Nuestras preguntas.
Nuestro corazón.

A veces estamos tan ocupados tratando de darle una buena vida a nuestra familia que, sin querer, dejamos de compartir la vida con nuestra familia.

La casa sigue funcionando. Pero el corazón puede comenzar a quedarse en silencio. Y quizá por eso algunas relaciones no necesitan primero una gran solución. Necesitan una buena conversación. Una pregunta hecha sin prisa. Y después, algo que parece sencillo pero que a veces nos cuesta mucho: quedarnos callados y escuchar.

Sin mirar el teléfono.
Sin interrumpir.
Sin corregir inmediatamente.
Sin preparar nuestra respuesta mientras la otra persona todavía



está hablando.

Simplemente escuchar. Tal vez hace tiempo que no sabes qué está preocupando a uno de tus hijos. Quizá conoces las responsabilidades de tu esposo o esposa, pero hace tiempo que no preguntas por sus sueños. Tal vez alguien que amas está atravesando algo, pero ha aprendido a responder “bien” porque hace tiempo nadie se queda el tiempo suficiente para escuchar lo que viene después.

A veces amar significa simplemente hacerle saber a alguien: Lo que está pasando dentro de ti también me importa.

Haz una pregunta. Quédate un poco más. Escucha la respuesta completa. Y no tengas prisa por llenar el silencio. Puede ser que detrás de ese sencillo “estoy bien” haya un corazón esperando encontrar un lugar seguro donde poder decir: En realidad, necesito hablar.

PARA RECORDAR

Compartir una casa nos mantiene cerca; compartir el corazón nos mantiene unidos.

PIENSA

¿Hay alguien en tu familia cuya vida conocías muy bien, pero que con el paso del tiempo has dejado de conocer profundamente?

APLICA

Busca hoy a una persona de tu familia y pregúntale: ¿Cómo estás de verdad? Después escucha. No interrumpas. No corrijas. No trates inmediatamente de solucionar lo que te cuente. Antes de terminar, puedes preguntarle: ¿Hay algo por lo que pueda orar contigo? Quizá no puedas resolver lo que está viviendo, pero puedes recordarle que no tiene por qué vivirlo solo.



Octubre 9, 2026

DÍA 5: ¿Cómo Se Siente Vivir Conmigo?

Colosenses 3:12 NTV

Dado que Dios los eligió para que sean su pueblo santo y amado por él, ustedes tienen que vestirse de tierna compasión, bondad, humildad, gentileza y paciencia.

Hay algo curioso que puede sucedernos sin que nos demos cuenta. Podemos ser muy pacientes con las personas de afuera.

Sonreímos al desconocido.

Tratamos con respeto al compañero de trabajo.

Escuchamos con atención a alguien que necesita hablar.

Respondemos amablemente una llamada.

Pero después llegamos a casa. Estamos cansados. Tenemos hambre. El día fue complicado. Todavía estamos pensando en problemas que dejamos en el trabajo.

Y entonces alguien de nuestra familia hace una pregunta en el momento equivocado y respondemos con impaciencia.

Uno de nuestros hijos comete un error y nuestro tono cambia.

Nuestro cónyuge quiere conversar y nosotros apenas levantamos los ojos del teléfono.

No significa que no los amemos. Los amamos profundamente. Pero algunas veces, las personas que más amamos terminan recibiendo la versión más cansada de nosotros.

Quizá porque en casa bajamos la guardia, porque allí podemos ser nosotros mismos. Y eso está bien; porque el hogar debe ser el lugar donde no necesitamos aparentar. Pero hay algo que debemos cuidar: ser nosotros mismos nunca debe



convertirse en permiso para tratar mal a quienes más amamos. Pablo escribió a los creyentes de Colosas y utilizó una imagen sencilla. "... ustedes tienen que vestirse ..." Y después menciona la ropa que debería distinguir a quienes pertenecemos a Cristo:

Compasión.

Bondad.

Humildad.

Gentileza.

Paciencia.

Me gusta pensar en esa imagen. Porque ... Cada mañana decidimos qué ropa vamos a usar. ¿Qué pasaría si también decidiéramos conscientemente con qué actitud vamos a interactuar en nuestra casa?

Hoy voy a vestirme de paciencia. Hoy mis hijos no recibirán solamente lo que quedó de mí después de un día difícil.

Hoy voy a vestirme de bondad. Hoy voy a cuidar no solamente lo que digo, sino cómo lo digo.

Hoy voy a vestirme de humildad. Si me equivoco, voy a reconocerlo. Si lastimo a alguien, voy a pedir perdón.

Porque nuestra familia no solamente escucha cuando decimos: Te amo. También experimenta nuestro amor en la manera en que los tratamos. En nuestro tono. En nuestras respuestas. En nuestra paciencia. En nuestra capacidad de escuchar. En la manera en que reaccionamos ante sus errores.

Y eso me lleva a una pregunta que no siempre es cómoda, pero es necesaria: ¿Cómo se siente vivir conmigo? ¿Cómo experimenta mi familia ese amor cuando convive conmigo todos los días?



Quizá en tu caso; alguien se siente seguro a tu lado. Quizá sabe que puede equivocarse y todavía encontrará gracia. Quizá tus palabras le dan ánimo. Si es así, dale gracias a Dios y continúa sembrando eso.

Pero en otros casos; quizás el Espíritu Santo está poniendo el dedo sobre algo diferente mientras estas leyendo estas líneas. Un tono que necesitas cambiar.

Una impaciencia que se ha vuelto demasiado frecuente.

Palabras que salen demasiado rápido.

Una dureza que antes no estaba allí.

La dificultad para reconocer cuando te equivocas.

No leas esto pensando primero en cómo deberían tratarte los demás. Léelo con honestidad, y pregúntate ¿qué es lo que ellos ven en ti en el trato que tienes con ellos?

No puedes controlar cómo todos los demás se comportarán hoy. Pero con la ayuda de Dios sí puedes decidir qué clase de persona encontrarán cuando se encuentren contigo.

PARA RECORDAR

El amor que sentimos se demuestra en el trato que damos.

PIENSA

Si pudieras experimentar durante un día cómo se siente tu familia cuando convive contigo, ¿habría algo que quisieras cambiar?

APLICA

Escoge una palabra de Colosenses 3:12 Compasión — Bondad — Humildad — Gentileza — Paciencia Pregúntate: ¿Cuál de estas necesita recibir más mi familia de mí? Haz de esa palabra tu decisión para hoy. Y si durante el día reconoces que trataste mal a alguien de tu familia, no lo justifiques. Acércate y



DÍA 6: Señor, Construye Tú Casa

Octubre 10, 2026

Salmo 127:1 NVI

*Si el Señor no edifica la casa, en vano se esfuerzan los albañiles.
Si el Señor no cuida la ciudad, en vano hacen guardia los
vigilantes.*

Hay trabajos en una casa que parecen no terminar nunca. Arreglamos algo y aparece otra cosa. Pintamos una pared. Reparamos una puerta. Cambiamos algo que dejó de funcionar. Movemos muebles. Limpiamos. Ordenamos.

Y cuando pensamos que finalmente terminamos, descubrimos otro detalle que necesita atención. Quizá los hogares se parecen un poco a eso.

Siempre hay algo que Dios continúa construyendo en nosotros.

Esta semana hemos hablado de fundamentos, de pequeños momentos, de compartir la vida y de la manera en que tratamos a quienes amamos. Y posiblemente, mientras leías, Dios puso su mano sobre algo.

Quizá fue una conversación que necesitas tener.

Una relación que has descuidado.

Un momento que necesitas comenzar a disfrutar.

Una actitud que debes cambiar.

Una palabra que necesitas decir.

O simplemente una parte de tu vida familiar que necesita nuevamente la presencia de Dios.

Cuando eso sucede, nuestra primera reacción puede ser pensar: Tengo que hacerlo mejor. Tengo que ser más paciente. Tengo que estar más presente. Tengo que escuchar más.



Tengo que cambiar esto. Tengo que corregir aquello.

Y seguramente hay decisiones que nos corresponde tomar. Pero hay algo que no podemos olvidar. La semana comenzó con estas palabras: “Si el Señor no construye la casa ...” Y quiero que termine en el mismo lugar.

Porque Dios nunca nos llamó a construir solos. El Salmo 127 no es una invitación a cruzarnos de brazos y esperar que Dios haga lo que nos corresponde hacer. Es una invitación a reconocer que hay una obra que nuestras fuerzas nunca podrán producir por sí solas.

Necesitamos su sabiduría.

Necesitamos su gracia.

Necesitamos que cambie cosas en nosotros que llevamos años intentando cambiar.

Necesitamos que sane lo que nosotros no sabemos sanar.

Necesitamos que nos enseñe a amar cuando estamos cansados, a escuchar cuando tenemos prisa y a responder con gracia cuando nuestra primera reacción sería diferente.

Necesitamos a Dios en la construcción.

Quizá tu familia está viviendo una buena temporada. Disfrútala. Da gracias por las risas, las conversaciones, las personas que todavía puedes abrazar y los momentos que hoy parecen comunes. Y sigue construyendo.

Pero quizá tu realidad es diferente. Tal vez cuando escuchas la palabra familia no todo lo que viene a tu mente es bonito.

Hay distancia.

Hay heridas.

Hay conversaciones pendientes.

Hay alguien que ya no está.

Hay hijos que tomaron caminos que nunca imaginaste.



O quizá simplemente miras tu hogar y piensas: No sé cómo arreglar algunas de estas cosas.

Tal vez no puedes. Al menos, no solo. Y quizá esa sea precisamente la oración que Dios estaba esperando escuchar. Señor, necesito que Tú construyas conmigo.

No puedes regresar y cambiar la casa donde creciste.
No puedes borrar todas las palabras que dijiste.
No puedes recuperar cada momento que dejaste pasar.
No puedes controlar las decisiones de cada persona de tu familia. Pero todavía puedes entregarle a Dios lo que tienes delante de ti hoy.

Tu corazón.
Tus palabras.
Tus decisiones.
Tus relaciones.
Tu familia.

Y puedes comenzar por el único corazón sobre el que tienes responsabilidad directa: el tuyo.

Quizá durante mucho tiempo has orado: “Señor, cambia a mi esposo. Cambia a mi esposa. Cambia a mis hijos. Cambia esta situación.”

Hoy intenta comenzar de otra manera y dile: Señor, comienza en mí. Muéstrame qué debo cambiar. Enséñame qué debo recuperar. Ayúdame a reconocer qué

estoy haciendo bien y debo continuar. Dame valor para pedir perdón cuando sea necesario. Dame sabiduría para construir diferente. Y haz en mí lo que yo no puedo hacer por mis propias fuerzas.



No necesitas terminar esta semana con una lista de veinte cosas que tienes que arreglar. Quizá solamente necesitas poner nuevamente tu casa en las manos del Constructor. Dios todavía está trabajando. La casa sigue en construcción. Tú también.

Así que hoy puedes volver a colocar en sus manos aquello que más amas y hacer una oración sencilla: Señor, aquí está nuestra casa. Aquí está nuestra familia. Aquí estoy yo. Comienza en mí. Construye Tú esta casa.

PARA RECORDAR

Dios no necesita una familia perfecta para construir un hogar; necesita corazones dispuestos a dejarlo trabajar.

PIENSA

Después de lo que Dios te ha mostrado esta semana, ¿cuál es una cosa que necesitas comenzar, cambiar o recuperar en tu hogar? No pienses primero en lo que otro necesita hacer. ¿Qué puedes comenzar tú?

APLICA

Si es posible, reúne hoy a tu familia durante unos minutos. No necesitas preparar un estudio ni hacer algo complicado. Pídeles que cada uno mencione: Una cosa por la que agradece a Dios de su familia. Una cosa que quisiera que juntos cuidaran o fortalecieran. Después, tómense de las manos y oren. Si hoy estás solo, piensa en los nombres y rostros de las personas que forman parte de tu historia y preséntalos delante de Dios. Termina con una oración sencilla: Señor, construye Tú esta casa.

ORA

Señor, gracias por mi familia y por todo lo que has sembrado en nosotros. También conoces nuestras heridas, nuestras debilidades y aquello que todavía necesita ser construido.



No quiero intentar hacerlo solamente con mis fuerzas. Trabaja primero en mí. Enséñame a estar presente, a escuchar, a amar y a tratar con gracia a quienes has puesto a mi lado. Sé Tú el fundamento y el centro de nuestro hogar. Aquí está nuestra casa. Aquí está nuestra familia. Aquí estoy yo. Señor, construye Tú esta casa. Amén.

This image shows a single sheet of white paper with horizontal blue or grey ruling lines. The lines are evenly spaced and run across the width of the page. There are no margins, text, or other markings on the paper.

This image shows a single sheet of white paper with horizontal ruling lines. The lines are evenly spaced and run across the width of the page. There are no margins, text, or other markings on the paper.